

¿Qué se hizo de la España católica?

«España no tiene ninguna obligación de ser España, así que desde que nadie la reclama se ha tomado unas vacaciones de sí misma, lo que es un alivio después de tanto tiempo obligada a ser una, grande y libre»

.....
Carlos Díaz

Sufridor y Director de *Acontecimiento*.

Del paleolítico al siglo XXI en cuarenta años

Gente de mi edad, nacida en 1944, ha pasado por todo. Se ha desayunado en los cuarenta y cincuenta con una España católicapostólicarromana cuna de la cristiandad y defensa espiritual de Europa, también martillo de herejes, una España cuyos niños —a falta de Tele que los divirtiera, porque aún no se había inventado— hacían sus aventuras del cristianísimo cruzado Guerrero del Antifaz frente a musulmanes y sarracenos, y las de aquella pareja formada por el educado Roberto Alcázar y su avisgado ayudante Pedrín, enzarzados contra los disolutos que pretendían empañar el buen nombre de la patria; una España en cuyas escuelas se hacía patria mañana y tarde; una España cuyo clero sermoneaba hasta en la sopa y *cum longa manu* censuraba aquellos besos robados en las películas de cine; una España bajo la advocación de los Reyes Católicos porque eran católicos y del Franco «caudillo de la cristiandad»; una España de congregaciones marianas, rosarios en familia, etc.

Esa misma generación comió ya en los 60 y 70 con manjares robados por Prometeo para paladares rojos y para militantes socialistas de puño en rostro, con muchos primeros de mayo, grandes presiones anticatólicas, y anatemas revanchistas contra los azules arrinconados. Era la otra España, más España cuanto más otra, hasta definirse más por el «anti» que por el «pro», que pronto iba a verse que estaba más cerca de los «pros» que de los «antis», aun conservando emblemas y retóricas para engañabobos.

Y, hale hop, esa misma generación cena y se va a la cama (afición hoy favorita) desde los ochenta y noventa con el retorno a las domestológicas artes del buen yantar, al arca de Noé con los animalitos dentro si tienen pedigrí, a la religión-refugio, invernadero, sacristía, fervorín. Lo resume Agustín García Calvo convocando a la creación de una empresa contracultural: «Para entrar en el juego no se requieren ningunas ideas o fe común, pero sí una falta de fe común, no creer en la realidad que padecemos, no creer en el Futuro, no creer». Tales volteretas circenses han desestructurado los proyectos de largo alcance, de ahí la brevedad de los matrimonios, la fragilidad de los empleos, la versatilidad de las opiniones, el

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

pensamiento débil. Tesis, antisíntesis, nueva antiantisíntesis, siempre negación de la negación, y por ende no-historia, no-relevo generacional, es decir, sí-folclore, sí-diletantismo. ¿Dónde fue a parar la tradición? Al fondo del mar, pues la tradición no consiste en que los vivos mueran, sino en que los muertos vivan. Como dijera Ortega, se nos ha negado el derecho a la continuidad. Por eso estamos dando espectáculos tan bochornosos —especialmente en lo católico— como los siguientes:

Una derechona más episcopal que el episcopado

¡La católica España! La situación es ésta en el mes de octubre del año 1996 después de Cristo: el 57% de los españoles (entre ellos muchos católicos) cree que la Iglesia católica se ha excedido en sus críticas a la boda del vicepresidente del Gobierno Álvarez Cascos, el cual, mientras se confiesa católico, apostólico y romano, sin haber anulado su anterior matrimonio —lo que hubiera debido hacer como católico que dice serlo—, se casa nuevamente con un matrimonio civil, y además con un derroche de espectáculo. Pues bien, esos ciudadanos encuestados consideran que el matrimonio es un acto esencialmente privado y que la jerarquía eclesiástica debería haberse abstenido de pronunciarse en los términos en que lo ha hecho (El Mundo, 26/x/96). Con mentalidad laicista, por «matrimonio privado» entiende el pueblo español la celebración de un acto en el que la Iglesia católica nada tiene que decir, ni siquiera cuando el contrayente es católico. Y lo peor es que algunos de los prohombres católicos a juzgar por las instituciones en que trabajan y por los lugares ideológicos en que ellos mismos se posicionan, abundan en semejante convicción.

• ABC

He ahí cómo asume la noticia la derechona de ABC, papista para lo que le conviene y liberal para lo de siempre. Atención al prominentísimo miembro del Partido Popular, hombre asimismo del monárquico y católico diario ABC, también jerarca del CEU de inspiración cristiana (propiedad de la Acción Católica de Propagandistas, que cuenta entre sus filas nada menos que con un obispo como consiliario), donde ejerce el nada desdeñable cargo de Coordinador de la División de Periodismo, que bajo el título «De Bodas, boatos y obispos», escribe:

«Hay un cierto tufo inquisitorial en ese propósito de hacer recaer los más severos anatemas sobre comportamientos que se practican a diario por muchos ciudadanos, incluidos muchos bautizados y que, guste más o menos, son normales y habituales en una sociedad moderna. Resulta inexplicable en una sociedad basada en la

libertad y la tolerancia que se pueda calificar como nulo un matrimonio celebrado en estricta aplicación de las leyes del Estado aprobadas democráticamente. El divorcio, que es una realidad de nuestro tiempo, fue establecido en España por un Gobierno formado por muchos católicos y respondiendo a un auténtico clamor nacional. Y cualquier postura intransigente que intente ignorar ese inequivocabable hecho social huele a fundamentalismo trasnochado y despide aromas talibanescos. Estas condenas a la conducta personal de cualquier ciudadano suponen además una inadmisibles invasión en el ámbito de la intimidad personal. Y habría que recordar que los canonistas medievales, mucho más liberales y comprensivos que esos modernos censores, partían del aforismo *de internis, neque Ecclesia*» (ABC, 26-x-96). Pasen y vean al diputado del Partido Popular, herencia viva de Fraga Iribarne, asumir argumentos favorables a la ultramodernidad, por aquello del más vale tarde. No vamos a «replicar» estos argumentos, tan sólo mostraremos aquí su carencia de estructura argumental:

a. Falacia según la cantidad

Puesto que «son muchos» los que viven en situación irregular, irregularicémoslos a todos para que así todos queden regularizados, aunque sea irregularmente: el irregularizador que los regularice, buen regularizador será (¡magnífico argumento para legalizar y legitimar el mal!).

b. Falacia según la modalidad

Puesto que una sociedad es «moderna» en la medida en que sanciona favorablemente conductas irregulares respecto de los propias instituciones a las que uno ha prestado libre adhesión, modernicémonos, que de eso al parecer se trata, de ser moderno, y no de ser católico.

c. Falacia según la relación

Puesto que un matrimonio civil es conforme a las leyes democráticas, no puede ser considerado nulo conforme a las leyes canónicas católicas. Semejante argumentación delata a quienes, como en el franquismo, siguen pensando que el matrimonio civil y el eclesiástico son lo mismo, una vez dada la correspondiente vuelta a la tortilla.

d. Falacia según la cualidad

Puesto que clamamos, llevamos razón. Los clamores nacionales auténticos, por los que se clama con redobladados clarines patrióticos, solo que ahora con clamores divorcistas establecidos por un Gobierno de todos los patriotas demócratas, católicos o no, esos clamores valen

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

clamorosamente para todos, católicos o no, por el hecho de haber sido establecidos por un Gobierno de todos. Sobra, pues la Iglesia cuando ha sido absorbida por el laicista Estado.

Pero la Iglesia no es el Estado, por mucho que los clamorosos lo olviden, y ciertas leyes dictadas por el Gobierno no solamente no obligan a miembros de la Iglesia católica, sino que éstos las rechazan abiertamente, pues lo que es legal según el Gobierno no siempre es lo moral ante la conciencia de los católicos, e incluso a veces es lo criminal.

e. Falacia según la arbitrariedad

Puesto que cada uno es cada uno, allá cada uno con su cadaunada, cada oveja con su pareja: «tolerancia», el ciudadano no debe ser recriminado, todos somos libres en la misma pecera. Oh, la blanca y radiante intimidad personal de la novia... ¿Tan verdaderamente difícil le resulta al liberal entender que la Iglesia católica no es un sumatorio de privacidades, sino un común con unas convicciones comunes? ¿No es capaz de entender que existe un credo común, derivado de la enseñanza de su fundador?

f. Falacia según la intimidad

Puesto que de las cosas internas no decide ni siquiera la propia Iglesia, cuanto exceda de ahí hace innecesaria a la Iglesia misma. Aquí el articulista parece enredado en una mala hermenéutica, ya que la Iglesia, primera interesada en el lema *de internis neque Ecclesia* que ella misma se ha dado a sí misma, no juzga a la persona (tal o cual persona, aparentemente mala, podría estar enloquecida en un momento determinado, y eso nadie puede juzgarlo), pero reconviene el comportamiento indebido de dicha persona en la medida en que ella es católica, argumento que no puede comprender sin dificultad quien sólo desea pertenecerse a sí mismo, pero que entienden fácilmente aquellos que tienen alguna noción del prójimo de la misma Iglesia, al que se puede dañar con conductas inadecuadas, y por ende inadmisibles. Inadecuadas y por ende inadmisibles, y no a la inversa, obviamente: no se debe permitir por malo, no es que tenga que reputarse malo por no permitido.

g. Falacia según la verticalidad

Un obispo católico es bueno si calla (argumento en que la derecha laicista y la izquierda hedonista coinciden), una Iglesia es mejor si en ella cada cual va a su bola, y un credo católico es óptimo si, por aquello de la libertad de conciencia, cada cual hace de su capa un sayo. Pero mire, no, la filosofía liberal del cada mochuelo a su

olivo y del yendo yo caliente ríase la gente, esa que sirve para los patriotas acomodados, no es católica; ahora bien ¿cómo explicarle todo esto a señores tan demócratas y tolerantes, tanto que arremeten con violenta vehemencia contra una Iglesia que, a pesar de recibir tan duras excomuniones, no piensa en devolverlas?

Otro espécimen-ABC, también católico, Jaime Campmany, volviendo sobre lo mismo, dos días después que su colega, el 28-x-96, comienza su columna —habitualmente jocosa— calentando motores de la siguiente forma: «Por lo visto aquí, en estos páramos, no en todos los aborígenes surte efecto la promesa del Cielo ni la amenaza del Infierno. Cuando nos amenazan con las llamas del Infierno, hay muchos que dicen como Don Juan: “¡Tan largo me lo fiais!” Lo de “no me mueve mi Dios para quererte” es una sublimación mística de aurora boreal. Estamos en los anatemas y en la excomunión, como antes de Galileo y de Darwin». Y, tras esta peladilla, el hilarante columnista concluye con la siguiente patochada, a modo de broche de oro teológico: «Menos mal que los obispos no pueden dejarnos fuera de la más hermosa comunión de la Iglesia, la del Credo, la comunión de los santos». Bravo, Jaimito, te has lucido: a ti no hay quien te deje fuera de la comunión, porque para obispo repartidor de omilías tú tampoco eres manco. Vuesamerced a lo Suyo, a una comunión de la Iglesia con obispos de ABC, pues el ABC pone y depone obispos con su nacionalcatolicismo liberalderechón.

Observen la carta que alguien manda al ABC: «Yo soy santanderino, de Torrelavega, y siempre me he sentido orgulloso de serlo. Santander y su provincia siempre han sido cuna de hombres y mujeres ilustres que dieron buena fama y resplandor a España, lo que ha hecho que los santanderinos nos sintiéramos más orgullosos de haber nacido en esta tierra. Pero usted, señor Ussía, me ha agitado esta ilusión al contarnos en su columna que el Setién también es de mi tierra. Yo ya había dejado de consignar en la casilla de la declaración de la renta la X para la Iglesia Católica porque no quería que el Setién percibiese de mi dinero ni un céntimo, pero ahora voy a dedicarme a convencer a mis amistades, que son muchas, de que hagan lo mismo mientras que este “señor” figure en la nómina. No es necesario que haga calificativos de este “señor”, pues ya se encarga él solito de hacérselos. Lo malo es que con su forma de hacer y decir está pudriendo las mentes de muchos católicos. Afortunadamente no la mía, porque para ser cristiano no le necesito ni a él ni a los que le protegen, permitiendo que siga vistiendo sotana». ¿Y gentes tales fueron alguna vez paladines de la Católica España? Pues así se explica todo lo que viene después. Pero existe otra razón por la que a este señor no

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

le pudre la mente Setién; porque, señor mío, usted no tiene cabeza.

• La COPE

Cada desayuno un sapo nuevo. Hablo del cachondeo con que en la COPE, emisora de la Conferencia Episcopal católica, ciertos contertulios se han hecho eco de las manifestaciones de ciertos obispos, sus patronos, la famosa boda. Después de haberlo oído lo único que quiero decir es que si yo fuera propietario de un medio en el que se cachondearan de mí destituiría al equipo de cachondos, pues una cosa es la tolerancia y otra el choteo, si es que mis frágiles meninges y mis solitarias entendederas funcionan todavía algo. Pero no se produjo reacción episcopal alguna, y un servidor ahí ya no desea entrar, pues duele demasiado...

Un izquierdismo anacrónico

Basta con ojear cualquiera de las diarias columnas del paradigmático, gramático, emblemático y epigramático Francisco Umbral para comprender que esta tribu de ostrogodos, visigodos, gépidos y éruos no tiene salvación y que sus indígenas, feroces anticristianos y comecuras, tonitronan con aire pontifical de antipapa/propepe, mientras cifran su empeño en amasar la pasta gansa que les proporciona su arremetida cotidiana contra aquella obsesión que menos comprenden, la del hecho religioso, al que tales críticos están sordos (ab-surdos). Y el pueblo vuelve a la paganía, a los cultos telúrico-astroales, a las hierogamias, a las más pintorescas parareligiones y mánticas, desde la batracomanía a la alveromanía pasando por la alomancia o la acultomanía, a los nuevos magos y rapelósofos...

He aquí la acritud disparatada, la bastedad sin límites, la nesciencia abrumadora y el atrevimiento ingente, he aquí lo que da de sí la sin embargo ágil y brillante pluma de F. U. cuando juzga/condena como en él es habitual lo católico, patognómica recidiva y obsesión primordial de su vida, ahora que ya no tiene causas reales que defender, he aquí el estilista Umbral encaramado a su columna: «Parece que un 90% de los españoles se declara católico, según encuestas, pero la mayoría no va a misa. La Iglesia española se ha quedado en un grupo de poder, por su parte dura, y en una escenografía en su parte blanda. Pues claro que España dejó de ser católica. La Iglesia sigue ahí porque nos proporciona un ritual para los momentos cruciales y tópicos de la vida: el nacimiento, la muerte, el matrimonio, la imposición de un nombre, etc. Quiere decirse que nuestra cultura paleocristiana no ha encontrado fórmulas laicas para resolver tales trámites.

El tul desilusión, el órgano viejo y catarroso, la sal que hace llorar al niño bautizado, los latines y latones del funeral, todo eso viene a ponerle un crespón de solemnidad a nuestras vidas y muertes, y por eso seguimos acogidos al ceremonial de la Iglesia. La vida de la gente es sencilla, natural, espontánea, anónima, pero una vez en esa vida, o dos, necesitan sentirse reinas por un día, o muertos por un día, y la Iglesia confiere una ejecutoria y una dignidad de guardarropía al muerto o la novia, que así pasan a la historia universal de la mediocridad en unas fotos sepia que se miran en las tardes de lluvia, cuando también el alma se pone sepia.

La Iglesia se ha quedado en costumbre, rito, manía, escenografía, grata e íntima puesta en escena, pero en su parte dura, en sus prohibiciones y castigos, la feligresía ha abandonado a los obispos y al párroco. Los hijos se programan como en un plan quinquenal soviético y la misa del domingo empezó anticipándose al sábado o relegándose a la televisión hasta que ahora se olvida totalmente, porque es puente y hay que coger pronto la caravana. Ni laicos ni religiosos, somos una mierda de sociedad hipocritilla. La religión es una vieja herramienta que ya ayuda poco a triunfar en esta vida competitiva, urgente y consumista que vivimos, pero los católicos son unos pseudo que le hacen trampas a Dios y tampoco se deciden a renunciar a él, por si las flais. Seguimos siendo católicos, pero sentimentales, y el amor, la concupiscencia, el sentimentalismo propiamente dicho, pueden más en nosotros que los adustos mandamientos del colegio. Todos llevamos una catequesis dentro como llevamos la tabla de multiplicar, mas luego vemos a la Iglesia actuar como grupo de presión, muy incardinada en los poderes terrenales, y eso es que desanima a cualquiera. Y ya se siente justificado para saltarse los primeros viernes. Este catolicismo aguachirle y agua de borrajas que se vive en España no es más que una dulce farsa dominical. Todavía tenemos un premier de misa de doce, pero no por eso los nacionales se han vuelto más beatos que con Felipe González, que era rojo» (*El Mundo*, 9-XI-1996).

¿Cuánto tiempo hará que el señor Umbral no ha visto a un hombre religioso, cuándo fue la última vez que contempló el comportamiento de comunidades cristianas vivas, cuándo leyó el último libro de historia o de fenomenología de la religión, cuándo ha sentido el señor Umbral de la emoción religiosa? Y si la respuesta a todas esas preguntas es «nunca», entonces ¿por qué habla de lo que nunca supo? Desde las sombras de su umbralidad umbrátil, este señor se nos antoja cuando menos un desconocedor de lo que describe. De todos modos, Umbral nos pone en un dilema, pues si su habitual columna no fuera sino el vivo retrato real de la España que es, sería

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

horrible; pero, si no lo fuera, también sería horrible. En uno u otro caso, en uno y otro ocaso, por favor, paren España, que deseo bajarme.

La «izquierda divina»

Hay un tipo de personas crema de la crema que siempre están en el candelero, encima, como el aceite. Ellas ponen icono-ídolo, que luego, pasado su turno, derriban de certero cantazo en su peana, así que los eternos diseñadores tienen previsto nuevo icono-ídolo de reposición, al cual, si es menester, se le sustituirá cuando sea disfuncional por otro; los mismos que han izado y arriado no tendrán el menor empacho en adorar la hornacina vacía, el nihilismo, o el alguismo, lo que haga falta. Son los eternos diseñadores demiúrgicos del Olimpo, la *gauche divine*. Ellos ponen marxismo cuando el marxismo todavía es posible caballo ganador, ellos deponen marxismo para poner budismo cuando éste se vislumbra alternativa de recambio, y ellos depondrán budismo para poner/reponer/deponer según los signos de los tiempos. ¡Oh, son ellos! Son la exquisita, célebre, magnífica casta de brahmines muchiopinantes; sean o no sean, lo suyo es «estar», lo cual les vale además para gozar de estancias y sustancias, aunque sin esencia. Pero no serían lo que son, poco o mucho, sin los medios que de cuerpo entero les muestran enteramente; a su vez tampoco los medios serían ni siquiera lo que medio son, si ellos no apareciesen enteros. Tal para cuales, cual para tales, todos para uno y uno para todos, estos Mosqueteros tienen venia y bula para decir, desdecir, contradecir, por aquello del eterno retorno de lo idéntico que tan de moda está; incluso cuando callan, su silencio se ha vuelto locuente, todas las palabras giran en torno a su silencio, porque fuera de ellos no existe marco de referencia alguno ni para otra palabra ni para otro silencio. Uno de estos mensajeros de la divina mensajería, antes SEU y ahora SEUR, en típica entrevista a toda página, tras haberse pasado una larga temporada hace unos pocos años declarando enfáticamente que había vuelto al cristianismo, se adhiere al budismo:

«— Si tuviera que elegir entre Buda y Jesucristo, ¿con quién se quedaría?»

— ¿Es preciso elegir, como diría Borges?

— Sí.

— Bien, si me pone una pistola en la sien le diré que me quedaría con Buda.

— ¿Por qué?

— Porque, en primer lugar, me encuentro más cómodo con él. Está más cerca de mi sensibilidad, y quizá también más cerca de la sensibilidad colectiva...» (*El Mundo*, 20/xi/96).

La entrevista sigue, afirmando que hoy nadie comparte la misma experiencia de Cristo, con lo que según él los millones de cristianos que en la misma Iglesia confesamos el mismo credo no existimos, ni compartimos nada. En consecuencia, únicamente existe la propia sensibilidad de Sánchez-Dragó, y como ésta hoy le habla de Buda, la sensibilidad de los españoles es más budista que cristiana. El budismo zen devenido turismo zen. Por favor, paren España, que deseo bajarme.

Silva de varia elección: el rebaño de Epicuro

• *Dijo la sartén al cazo*

¿Una de las dos Españas ha de helarte el corazón? No, maestro Machado, nos han helado el corazón las dos Españas, y no sólo ellas, sino también una tercera narcisista, que pasa de todo, pudiendo presentarse como tomista-marxista-y de-las-Jons si llega el caso, que ha venido luego. Porque no hay dos sin tres, y las tres Españas nos han helado el corazón. Si entre la derecha la lógica brilla por su ausencia, no más afortunadamente transcurren las cosas entre la ya izquierda hedonista, gemela univitelina de la anterior en su individualismo liberal, y que tampoco engaña a nadie. «Ésa es la esencia misma del integrismo: la exigencia de que toda la sociedad se atenga a una moral particular», escribe Javier Ortiz en su columna «Obispos integristas», también en el diario *El Mundo* (26/x/1996). Columnista tan brillante no ha reparado en algo elemental: que los obispos han hablado para los católicos tan sólo. Así pues ¿por qué llamar inquisidores a los católicos, cuando el que llama al otro inquisidor resulta ser por su parte un superTorquemada? ¿Será posible alguna vez en estas condiciones una ética dialógica?

• *Inquisición de inquisiciones y todo Inquisición*

El coordinador del área de Cultura de Izquierda Unida de Aragón —profesor de Filosofía y Ética en un instituto público— arremete con estas palabras, auténticas perlas de cualquier crestomatía, tan briosamente llenas de celo y santa indignación, contra el texto de Ética de otro profesor de filosofía, por parecerle un texto no suficientemente hostil a la religión: «No deja de ser una incoherencia un texto así para una asignatura que precisamente nació como alternativa a las clases de religión». Urgido por su misión, señala luego que su partido va a «profundizar en el análisis del texto», esperamos que no corra la sangre, pues ya se sabe que el español cuando profundiza es que profundiza de verdad, y a ninguno le interesa profundizar por frivolidad. Pues que profundice, que falta le hace a su coalición y a él mismo, como a

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

todo el mundo. Que profundice y si es capaz vea lo extemporáneo de tan desmesurada reacción ante un texto que dice algo tan inocuo como lo siguiente: «Las personas religiosas creen en las realidades divinas, en el origen sagrado de la vida, en el sentido trascendente de la existencia y tienden a conceder un papel importante a la intervención de la providencia en los acontecimientos cotidianos. Las personas irreligiosas, por el contrario, son proclives a rechazar la intervención de la divinidad en los acontecimientos del mundo, ponen en cuestión la existencia de los valores religiosos, aceptan la relatividad de la realidad y niegan que la vida posea un fin o sentido último. La sociedad actual ha ido desterrando la fe religiosa y desacralizado el mundo legado por sus antepasados. La irreligiosidad, pues, ha sido el resultado de un proceso histórico de agnosticismo e incredulidad, en virtud del cual la sociedad moderna ha ido rechazando innumerables realidades de carácter sagrado que las sociedades anteriores consideraban evidentes; es decir, el ser humano irreligioso actual descende del ser humano religioso anterior. Así pues, si atendemos a la Historia, hay que decir que los seres humanos son, por naturaleza, religiosos, y que la irreligiosidad aparece como una actitud actual, fruto de una actividad hipercrítica o de un exacerbado apego al pragmatismo».

Texto tan inocuo parece sin embargo no tan inocuo y sí muy inicuo al señor coordinador del área de Cultura de IU de Aragón. Obviamente, este buen señor no está a la altura epistemológica del área que él coordina, digámoslo así, o que él subordina, pues más bien apuesta por subordinar dentro de su área lo religioso a lo ético, y no solamente lo subordina sino que a juzgar por el celo inquisidor con que arremete contra ello lo anatematiza y denigra. ¡España de charanga y pandereta eternas, España revanchista de la rabia pero no de la idea, qué extremos tan parecidos entre sí estás produciendo, del coro al caño pero siempre bajo el signo del auto de fe, de la inquisición que con otra más verde se quita! Ensambenitar, amordazar ahora que estamos arriba, hacer rodar cabezas, hoy por ti mañana por mí, puede ser oficio de político de baja densidad, quizá, pero jamás de filósofo ilustrado que se atreve a pensar. Es cuestión de viajar por el mundo y por los textos de los maestros para comprobar que en filosofía la ética no va contra la religión, ni la lógica contra la metafísica, así que ya el mero hecho de proclamar que la ética es «una asignatura que precisamente nació como alternativa a las clases de religión» dice bastante del carácter revanchista y del talante nualmente democrático, amén de ignaro, propio de gentes que en lugar de estar explicando filosofía deberían sencillamente estar mejor informadas para mejor unificar/co-

ordinar la propia izquierda a que dicen pertenecer, donde todo eso también hace ciertamente mucha falta.

Obviamente, la religión —siquiera en su dimensión de fenómeno cultural— este coordinador/subordinador no podría explicarla con el rigor desprejuiciado que sus alumnos merecen y que la inteligencia demanda, ya que tanto le espanta, urtica y horripila. No es profesional de la sabiduría quien se poñe de uñas frente a la dimensión cultural de la religión, el hecho más universal de la historia de la humanidad. Qué penita de país, donde lo anormal es norma, y donde cada día hay que recordar estos versillos de Pedro Casaldàliga:

Quien deja a Dios por el Pueblo,
quien deja al Pueblo por Dios,
puede perderse los dos.

Pero no sólo la religión, tampoco la ética podrá explicarla dignamente semejante inquisidor regional («inquisidor» era la denominación de cierto juez o magistrado de Aragón), pues si toda ética hubiera de oponerse a toda religión entonces habría que pedir la cabeza de más de uno de los grandes filósofos que en la historia han sido. Ellos no oponen ética a religión, ni los maestros de ética han de ser compulsivamente antirreligiosos o severamente irreligiosos (avive el seso nuestro coordinador y recuerde que no hace mucho moría en la España de hoy José Luis Aranguren, donde lo ético y lo religioso se concitaban magistralmente), aunque así lo dijeran todos los Boletines Oficiales del Estado Español. Mas, como tampoco lo dicen, sólo nos quedaría pedir la cabeza de quien pide la cabeza de los demás, pero eso sería tanto como ponerse a su altura, escasa intelectualmente. Haga, pues, vuasamerced el favor de estudiar algo de aquello contra lo que clama: un bachillerato bien hecho ahorra muchos sufrimientos ulteriores. Busque bibliografía menos rancia y «profundice»; con ella recobraría el sosiego, y quién sabe si hasta el Partido se lo agradecería.

Ea, pues, no se enfade, señor coordinador, porque su colega afirme que la irreligiosidad es «fruto de una actividad hipercrítica o de un exacerbado apego al pragmatismo», pues usted sabe que el propio Carlos Marx, posible santo de su devoción, ningún burgués podrido, afirmó impudicamente que él optaba por ser uno de los cerdos del rebaño de Epicuro. Por lo demás, en fin, para qué polemizar, señor coordinador del área de cultura de Izquierda Unida de Aragón: *non facit indignatio versum*, no basta la indignación para escribir un verso, cálmese. Deje en paz pleitos menores, trabaje por la libertad, la igualdad y la fraternidad, y no desentierre el sepulcro del Cid, ni nos haga volver a jurar sobre las losas de Santa

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

Gadea de Burgos. Y, cuando su oficio coordinador de culturas para una izquierda unida se lo permita, lea, lea a Unamuno, si es que no le parece insuficientemente de izquierdas: «Nunca he podido soportar el dogmatismo docente del ateísmo más incivil y más grosero, de un ateísmo a su modo troglodítico... Los que conozcan mi obra *Del sentimiento trágico de la vida* saben bien cómo siento a este respecto y que si no soy un convencido racionalmente de la existencia de Dios, de una conciencia del Universo, y menos de la inmortalidad del alma humana, no puedo soportar que se pueda hacer dogma docente del ateísmo y del materialismo. En tocando a esto llego, lo confieso, hasta a perder los estribos, y a las veces asoma en mí lo zahondo de mi conciencia española, el inquisidor que todos los españoles llevamos por tradición histórica dentro» (7/XII/1917).

Los nuevos martillos de herejes de los viejos martillos de herejes: España a martillazos

Don Miguel habría insurgido contra el coordinador insurgente. Pero, con insurgentes o sin ellos, lo único cierto es que la faz pétrea de España ha sido ayer cincelada a martillazos lo mismo que hoy, siendo el resultado de tanto golpear un solar difícilmente inhabitable tanto por los martilleadores como por los amartillados. Sólo para mostrar la oscilación pendulatoria del mismo martillo manejado por distinta mano traemos aquí a colación el siguiente texto salido de un martillero de ayer hoy amartillado, Marcelino Menéndez Pelayo, aunque se trate esta vez de un martillero cultísimo: «Ni por la naturaleza del suelo que habitamos, ni por la raza, ni por el carácter, parecíamos destinados a formar una gran nación. Sin unidad de clima y producciones, sin unidad de costumbres, sin unidad de culto, sin unidad de ritos, sin unidad de familia, sin conciencia de nuestra hermandad ni sentimiento de nación, sucumbimos ante Roma, tribu a tribu, ciudad a ciudad, hombre a hombre, lidiando cada cual heroicamente por su cuenta, pero mostrándose impasible ante la ruina de la ciudad limítrofe, o más bien regocijándose de ella. Fuera de algunos rasgos nativos de selvática y feroz independencia, el carácter español no comienza a acentuarse sino bajo la dominación romana. Roma, sin anular del todo las viejas costumbres, nos lleva a la unidad legislativa; ata los extremos de nuestro suelo con una red de vías militares; siembra en las mallas de esa red colonias y municipios; reorganiza la propiedad y la familia sobre fundamentos tan robustos, que en lo esencial aún persisten; nos da la unidad de lengua; mezcla la sangre latina con la nuestra; confunde nuestros dioses con los suyos, y pone en los labios de nuestros

oradores y de nuestros poetas el rotundo hablar de Marco Antonio y los exámetros virgilianos. España debe su primer elemento de unidad en la lengua, en el arte, en el derecho, al latinismo, al romanismo. Pero faltaba otra unidad más profunda: la unidad de la creencia. Sólo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime; sólo en ella se legitiman y arraigan sus instituciones; sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social... Esta unidad se la dio a España el cristianismo. La Iglesia nos educó a sus pechos, con sus mártires y confesores, con sus Padres, con el régimen admirable de sus Concilios. Por ella fuimos nación, y gran nación, en vez de muchedumbre de gentes colecticias, nacidas para presa de la tenaz porfía de cualquier vecino codicioso. No elaboraron nuestra unidad el hierro de la conquista, ni la sabiduría de los legisladores; la hicieron los dos apóstoles y los siete varones apostólicos; la regaron con su sangre el diácono Lorenzo, los atletas del circo de Tarragona, las vírgenes Eulalia y Engracia, las innumerables legiones de mártires cesaraugustanos; la escribieron en su draconiano Código los Padres de Ilíberis; brilló en Nicea y en Sardis sobre la frente de San Dámaso; la cantó Prudencio en versos de hierro celtibérico; triunfó del maniqueísmo y del gnosticismo oriental, del arrianismo africano; civilizó a los suevos, hizo de los visigodos la primera nación Occidente...» (Epílogo de la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, 7 de junio de 1882. Lib. VIII. Obras Completas, XL, 505).

Ayer, Menéndez Pelayo —a sus veinticinco años— con este texto ponía fin a su *Historia de los Heterodoxos Españoles*, hoy tenida a su vez por heterodoxa. Mas si don Marcelino no veía posible antaño otra unidad de España que la producida por la religión, hogaño nuestro moderno inquisidor parece no ver otra posibilidad capaz de mantener unida a España, que aquella que proporcione una izquierda unida en torno a su fóbica irreligión. Lo dicho: un clavo saca a otro clavo.

Resumen, y a otra cosa

Triste España, triste país este país de *El País*. Sigue en él golpeando termocéfalmente este quintuple principio de razón insuficiente:

A. *Lo vivido en casa*. «Mi madre vivía una religiosidad que llamaría más bien mágica, casi animista. Para ella, la vida espiritual se agotaba en acoger en casa por unos días una estatua del Sagrado Corazón que le traía una vecina, guardar en un rincón una de San Nicolás de Bari, no sé por qué su santo preferido, y hacer algunas invocaciones

LA RELIGIÓN QUE HAY EN LAS RELIGIONES

para que le resultaran bien las cosas, y “Dios no la castigase”, que era lo que pensaba cuando no salían tal como esperaba. Más que religión, era superstición, llena de temores, que no sabía o no quería comunicar. Guardaba muy en secreto esta relación mágica con lo sobrenatural; al fin y al cabo, la magia vale si se mantiene oculta. Con un sentimiento de haber quedado preterida respecto a sus hermanos, que alcanzaron una posición social más alta, vivía encerrada en un egocentrismo inconmensurable que justificaba en un amor exagerado a sus hijos, principio y fin de su estrecho horizonte. Todo lo guardaba para sí, con el pretexto de podérselo dar un día a sus hijos. No la conocí un rasgo de generosidad y sí algunos durísimos con el prójimo que prefiero no relatar. Cuando se ha tenido una madre así, es fácil hacerse a la idea del frío y oscuridad infinitos del universo» (Así dice de su madre Ignacio Sotelo. Cfr. José Ignacio González Faus e Ignacio Sotelo: *¿Sin Dios o con Dios? Razones del agnóstico y del creyente*. HOAC, Madrid, 2002, pp. 35-36). No hay mucho que añadir a un ejemplo tan duro.

B. Lo percibido en el ambiente. En 1948, durante la celebración en Vich del centenario de Balmes, el Caudillo afirmaba: «Separad lo católico de lo español y lo español quedará herido de muerte en su más verdadera substancia». Razón instrumental y religión instrumental se besan.

C. Lo perteneciente a la costumbre. Como cuenta don Jorgito Borrow en su *Biblia en España*, de aquel andaluz que manifestaba que si «él no creía en la religión católica, que es la verdadera, cómo iba a creer en las demás». Religiosidad popular de cofrades y demás familia.

D. Lo producido por la pereza. Para muchos Dios, o la Trascendencia, es algo así como las cumbres del Himalaya o las artes mánticas. Hoy son posmodernos y mañana lo que toque ser; en realidad no son, están. Se cuenta de Rossini que era tan vago que cuando alguna vez estaba

en cama componiendo y se le caía parte de un concierto, en vez de levantarse a recoger las partituras, prefería escribir otro nuevo.

E. Lo derivado de la retórica. «*Nemo Deum vidit*» ¿Nadie ha visto a Dios, o Nemo (una persona así llamada) ha visto a Dios? Casi siempre este género corresponde a los «ignorantins de l'Université» (Proudhon). Casi siempre también está bajo la hégida de Feuerbach, por eso se celebran libros meramente feuerbachianos todavía: «Podemos decir que la divinidad es personal, puesto que refulge en la existencia personal del ser humano, y que es libre por la misma razón, y que es omnipotente, en el sentido de que la realidad que existe es toda la potencia que hay. Y también podemos decir que es buena cuando los seres humanos son buenos, puesto que “bondad” y “maldad” no son características de la realidad sino sólo de la condición humana... Dios es un sustantivo, un concepto, que inventamos para designar una dimensión de la realidad que percibimos» (Marina, J. A: *Dictamen sobre Dios*. Ed. Anagrama, Barcelona, 2001, pp. 153-154).

«Cada vez creo más en Dios, y menos en las palabras con las que digo creer en Él». Algo de eso hay: «De Dios sólo puede hablar Dios», decía Karl Barth. «Señor, mi corazón no es ambicioso ni mis ojos altaneros. No pretendo grandezas que superan mi capacidad, sino que acallo y modero mis deseos, como un niño en brazos de su madre» (Salmo 130). Pero, cuando todo eso se da, no importa el resto: la falta de variedad puede darnos satisfacción después de una variedad de insatisfacciones. Y, se diga lo que se quiera, sigue siendo verda verdadera esta sentencia acuñada por un hombre con sabiduría y experiencia, por un maestro: «El hombre es una creación tan asombrosa que puede ser matado por una cosa y morir por otra» (Olegario González de Cardedal: *Sobre la muerte*. Ed. Sígueme, Salamanca, 2002, p. 21). En todo caso, la máxima gloria del hombre es que puede dar la vida por su prójimo.